

El destierro

Antonio Bernal González



Edición limitada

EL DESTIERRO

Antonio Bernal González

Edición limitada

Barcelona, 2017

Foto de la portada:

Mi madre Lucía hacia el año 1944

Para Tránsito, Rosalina y Claudio, mis primeros amigos y cómplices

Para Roberto que me enseñó a caminar en el destierro

Para el doctor Yepes. Él me salvó de estar enterrado en Alcalá

PREÁMBULO

¡Cuánto me habría gustado conocer apartes de la niñez y juventud de mis padres! Pero ellos nunca hablaron de ese tema y, por tanto, es poco lo que sobre él sabemos mis hermanos y yo. Supongo que mis hijas, y puede ser que mis nietos, también deseen conocer las primeras etapas de mi vida y eso fue lo que me motivó a escribir este documento.

Los personajes, las acciones y los escenarios son reales. Algunos, como Claudio, Rosalina, Roberto, Ana y Eloísa, el doctor Yepes, son del todo desconocidos por mis hijas e inclusive por mis hermanos, pero existieron y aparecen aquí con sus nombres reales. De otros, como el alcalde de Alcalá, el dueño de la casa en la que vivimos, o el diputado del Valle del Cauca, tengo apenas datos fragmentarios y me vi en la necesidad de buscarles un nombre, pero existieron y fueron protagonistas de las escenas en las que están involucrados en el escrito. Los escenarios también son reales. Cuando tenía ocho o nueve años fui con mis tías a conocer las casas de Maturín y de Bomboná, la primera ya reformada y casi a punto de ser derribada y la segunda tal y como ellas la dejaron cuando la vendieron. En 1959 viajé con Papá a Popayán, estuvimos dos días en Cartago e hicimos un viaje relámpago a Alcalá, donde conocí la casa en la que vivimos, ya convertida en establecimiento de comercio, y la sede del gobierno local que se mantenía casi igual a como estaba cuando nos fuimos para Bello diez años antes. En 1964 fui con Mamá a ver la casa de Pascacio Uribe y en el escrito la describo como la vi en esa ocasión, quince años después de los hechos narrados.

La principal fuente de las escenas que cuento fue Mamá que era más extrovertida en ese sentido, porque Papá era bastante hermético. La escena de los alacranes, la de Roberto enseñándome a caminar, mi

enfermedad y casi muerte, la visita de mi tío y el viaje a la finca cafetera, lo mismo que el paseo a Buenaventura, son todos sucesos que ocurrieron de verdad, aunque los detalles estén adaptados a la narración. También nutro mi escrito de las muchas conversaciones que tuve con mis tías, con algunos primos —a pesar de que nunca fui amigo ni confidente de ninguno— y, en especial, con Claudio ya en sus últimos días, que disfrutaba recordando los momentos de cuando yo era niño.

El momento político también es real, narrado con personajes que existieron y que aparecen con sus nombres propios o con sus alias. En ese sentido yo tuve la suerte, si es que así puede llamarse, de tener en Popayán condiscípulos de los municipios más “calientes” del país en la época de la violencia, como El Cairo, Sevilla, Ulloa y algunos sitios del Tolima y del Viejo Caldas. Recuerdo muy especialmente a un amigo de apellido Ospina, buen muchacho pero nacido y criado en Rovira, en un ambiente en el que la violencia era parte de la vida cotidiana. Él decía ser sobrino —o primo, no recuerdo bien— de un famoso bandolero al que llamaban “Chispas”, y le atribuía poderes casi sobrenaturales, como la capacidad milagrosa de esquivar las balas de los enemigos. Pues este Ospina nos hacía una demostración que nos dejaba boquiabiertos a quienes lo veíamos, todos adolescentes de doce o trece años. Empuñaba una navaja por la hoja, la presentaba ante uno de nosotros y decía: “arrebátamela”. El aludido, de un tirón agarraba la navaja por el mango y halaba fuerte hacia sí, de tal manera que la hoja se deslizaba entre el puño cerrado de Ospina. Luego él abría la mano y mostraba que no tenía ni el más leve rasguño. Este truco hecho por quien era todavía casi un niño, demuestra que buena parte de lo que le enseñaron en sus juegos infantiles estaba relacionado con las armas, la sangre y la violencia. Las escenas que se

contaban entonces eran tan macabras, que por respeto a los lectores no me atrevo a hacer una descripción detallada de ellas.

La narración termina bruscamente cuando, por un milagro que Mamá les atribuyó a los santos pero que en realidad tuvo que ver con la visita de mi tío Mario, Papá se salvó de irse como médico a alguno de los pueblos del Valle que era una de las regiones más violentas de entonces.

Debo agradecer al fallecido Manuel de Seabra porque con su libro *Malamu vin, unu la alian*, me inspiró la idea de emprender este escrito: parte de la vida de una familia del montón, sin la vistiosidad de la riqueza, sin influencias para intervenir en la historia de un país y sin un genio –como la de los Buendía– que convierta una historia trivial en una gran obra literaria. El escrito no pretende ser un libro, sólo un humilde documento, pero tiene parecidos con el del portugués - catalán, en muchos detalles, entre otros en uno que parece insignificante: *Malamu* fue escrito cuando el autor tenía mi edad.

Con esta narración termina la etapa de mi vida de la que apenas tengo recuerdos, pero empieza otra de la que sí los tengo muy nítidos. Espero algún día continuar con ella, porque es tan desconocida como la que aquí narro.

Gavà, septiembre de 2017

El año en que nací fue soso. Sin gracia. Yo, por supuesto no me acuerdo de él con claridad porque los tres primeros meses los pasé feliz flotando dentro del vientre de Mamá y el resto del año estuve medio tiempo dormido y el otro medio, o bien, a puerta cerrada con Mamá tomándome su leche, o bien, a puerta abierta, dejándome limpiar los restos aromáticos que expulsaba del interior de mi barriga.

Si. No me acuerdo del año de mi nacimiento, pero lo busqué en Wikipedia escribiendo las cuatro cifras y me aparecieron todos los sucesos que ocurrieron entonces: nacimientos o muertes de famosos, acontecimientos históricos, fenómenos astronómicos o desastres naturales. Dudo que alguno de los lectores de este escrito, si los hay, pueda decir mucho acerca de José Luis Hidalgo, Stanley Baldwin o Bernardo Houssay, tres personajes que fueron noticia en ese año. *Sic transit gloria mundi*. En cambio, estoy seguro de que todos sabrán quién fue Al Capone, también primera plana en los medios, porque fue el año de su muerte. Lo muy malo es más memorable que lo malo y esto, más que lo menos malo o que lo bueno.

El año en que nació mi hermana mayor, Conchita, sí que fue fructífero porque en él se firmó el armisticio y la historia del mundo es la de las guerras. Un año movido. Hitler se suicida, caen dos bombas atómicas en el Japón y dejan al mundo entero aterrorizado. En la historia de la humanidad, sólo los dioses en las fantasías religiosas habían destruido una ciudad entera de un único golpe.

Cuando yo vine al mundo Conchita ya empezaba a conversar. Todo lo preguntaba adoptando una pose que inspiraba ternura: las puntas de los pies más juntas que los talones, las manos al frente agarradas por los dedos, mirando hacia arriba con la cabeza inclinada hacia un lado. Era el deleite de la familia escuchar sus afirmaciones candorosas. "El niño Jesús con sombrero encintado" dijo un día al ver la estatua de bronce de un hombre con sombrero. Nació en el año del terror, en

ambiente de miedo, pero nunca esa circunstancia le produjo paranoia ni ningún otro daño psicológico. Entonces, mis padres vivían en la Calle 10 de El Poblado que era un pueblo tranquilo cerca de Medellín, posteriormente convertido en el barrio de los ricos y hoy transformado en una bulliciosa e indeseable zona comercial de farra, juerga y vicio. La llaman con un eufemismo: Zona Rosa. Debería ser roja, como se les decía antiguamente a Lovaina y a otros barrios de prostitución. (El nombre oficial era también un eufemismo: zonas de tolerancia).

Papá y Mamá llevaban dos años de casados. Él se crio en las fincas que regentaba mi abuelo, combinando las labores del campo con sus estudios en la escuela primaria, pero mi abuela quedó viuda cuando él era todavía un adolescente y Papá, que era el mayor, tuvo que abandonar la escuela para sostener a la familia. Como hombre de estudio que siempre fue, cuando sus hermanos estuvieron en edad de trabajar consiguió una beca y logró terminar su bachillerato en el Colegio Santa Librada de Cali, a la edad de veintiséis años. Luego se vino a Medellín a estudiar medicina y para sostenerse, trabajó en la propia facultad de la Universidad de Antioquia, primero como bibliotecario y luego como enfermero. Cuando conoció a Mamá, le faltaban todavía tres años para terminar su carrera. Mamá pertenecía a una familia de clase media que se preciaba de tener varios intelectuales en su seno. Ella también fue estudiosa y, terminó bachillerato en la época en la que la mayor parte de las mujeres apenas sabían leer y escribir. Se enorgullecía de que su retrato estuviera en el locutorio del Colegio de Señoritas de la Presentación, porque perteneció a la primera promoción de bachilleres en la que se graduaron únicamente cuatro. Después entró a la facultad de Odontología de la Universidad de Antioquia, pero debió abandonar sus estudios a causa de una pleuresía.

En fin, que mis padres, mi hermana y yo –aún sin nacer– empacamos corotos y nos fuimos de El Poblado a vivir a una calle olvidada cerca del centro de Medellín, llamada Pascasio Uribe. Mamá se puso feliz. Pascasio quedaba en Guanteros, el barrio en el que ella nació, se crio y vivió hasta el día de su matrimonio. Pasó su niñez en una casa de la

calle Maturín, tan grande, que en ella mis abuelos atenían vacas y... veintiún hijos. Si, veintiuno, de los que Mamá era la menor. Siendo ella todavía una adolescente murió mi abuelo y las circunstancias de su muerte fueron tan dramáticas, que todos quedaron destrozados. Se dijo que había muerto por la cornada de un toro de los que él criaba para ayudar al sustento de su familia numerosa, pero en el fondo todos sabían que un conocido lo había asesinado por envidias relacionadas con el trabajo. Mi abuela y los hijos que aún quedaban solteros decidieron vender la casa para no vivir entre recuerdos, y compraron otra más pequeña, no muy lejos de allí, en la calle Bomboná. De ella salió Mamá para casarse, allí murió mi abuela pocos días después del nacimiento de Conchita y ahora continuaba siendo la casa de los abuelos, aunque habitada sólo por mis dos tías solteras, en compañía de Tránsito Monsalve. Se llamaban Concha y Cristina pero siempre les dijimos Coche y Crispe, un mote que fue invento de Conchita. Coche era la mayor y se había quedado ciega siendo muy joven, de manera que elevó a tres la lista de mis tíos ciegos, junto con Mario y Carlos que lo fueron de nacimiento. Crispe, la menor de las dos y la más expresiva, fue la personificación de la generosidad, el desinterés y el altruismo. Desde joven se entregó por entero al cuidado de su madre viuda y cuando ésta murió, le dedicó el resto de su vida a ser los ojos de su hermana a la que le explicaba el mundo con gran detalle, incluso las presentaciones de televisión. Poco después de que mi abuela se quedara viuda, Tránsito fue a trabajar con ella y, con lealtad de esclava, vivía en su casa veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Ahora estaba con mis tías y era tan de la casa, que cuando años después ellas tuvieron un desfalco económico que las dejó sin un centavo, Tránsito quebró con ellas y siguió acompañándolas sin sueldo durante varios años.

Viviendo en la nueva casa de Pascasio nosotros teníamos muchas ventajas: mis padres estaban en su lugar de confort puesto que en ese entorno vivieron sus seis meses de noviazgo; la casa quedaba a la vuelta de la de Bomboná y así Mamá podía estar cerca de sus hermanas; Papá podía ir andando al hospital, con lo que se ahorrraba los cinco centavos que cobraba el tranvía desde El Poblado. La nueva

vivienda era más amplia, con puerta y dos ventanas amarillo pastel. A la derecha había una sala pequeña abierta a un patio con bifloras que daba luz y vida al resto de la casa, un comedor pequeño, también abierto el patio, con sus muebles y un jarrón de cristal –al que Mamá llamaba "la jarra de la turca"– adornando la mesa sobre un mantel de cuadros; a mano izquierda la alcoba independiente con ventana a la calle, dos más en galería, un minúsculo baño con letrina y una cocina con fogón de leña. Pasando una puerta después de la cocina, un lavadero de cemento, una pequeña estancia en la que dormía Rosalina y otro baño con un tubo de hierro que hacía las veces de ducha. Un solar con un limonero huérfano remataba la vivienda. La mesa y las sillas de la sala eran segundas regaladas por mis tías; la cama de matrimonio, aunque un poco lúgubre por su color negro, fue toda la vida hasta mucho después de que Mamá murió, casi un miembro más de la familia, con su enorme flor y una hoja talladas en madera y con sus adornos torneados en forma de copa en las cuatro esquinas. Papá y Mamá sólo se separaron de ella un año, cuando se fueron a vivir a Alcalá.

Rosalina Monsalve, a sus cincuenta años, fue mi primera niñera, pero recuerden que yo todavía no he nacido. Cuando mis padres decidieron casarse pensaron en conseguir una sirvienta, que era lo que se usaba, y Mamá, muy diligente, habló con Tránsito Monsalve.

"Transitico. Vos por qué no le decís a tu hermana Rosalina a ver si se quiere venir con Germán y yo cuando nos casemos".

"Eh. Demás que sí, Aña Lucía".

Siempre le decía Aña, apócope de Niña, lo mismo que a mis tías Aña Cristina y Aña Conchita y después a mi hermana que era Aña Conchita Chiquita. Yo era Toñito.

Y así fue como Rosalina se fue con mis padres, primero a la casita pequeña de El Poblado y después a la más espaciosa de Pascasio. Un día Mamá le dijo a Rosalina:

"Andá corriendo al hospital y decíle a Germán que venga de urgencia que yo creo que este niño ya va a nacer".

Rosalina alzó los ojos al cielo, se echó una bendición en clave taquigráfica y salió corriendo a llevar el recado. Un rato después, vinieron los dos, Papá y Rosalina, en un taxi negro y ruidoso que se encendía dando vueltas a una manivela. Entre los dos ayudaron a Mamá a subir a la banca de atrás y la llevaron al mismo hospital en el que trabajaba Papá, para que yo naciera. Fui oportuno porque era Miércoles Santo y los tres días siguientes serían festivos y de recogimiento, de comercios cerrados, de bares y cantinas que no vendían bebidas alcohólicas y de transporte público que funcionaba apenas parcialmente. Todo sería más difícil. Nací a la media noche. Para Mamá, que entró en la clínica el miércoles, mi cumpleaños fue siempre el dos de abril; pero para el resto de mi pequeño mundo, que me conoció al día siguiente, mi nacimiento fue el tres. ¡Quién lo creyera! Esta mínima diferencia me acarreó un conflicto internacional. Cuando me bautizaron, seis días después de nacido, fue Papá el que dio los datos para el archivo parroquial: nombres, padres y padrinos y día del nacimiento. Quedé registrado el tres porque para él ese fue el día en que nací y, cuando fui mayor de edad, a los veintiún años, saqué mi cédula de ciudadanía en la que aparezco como nacido el día tres. Pero poco después se impuso el registro civil como reemplazo de la fe de bautismo y Mamá fue a la notaría a dar los datos de todos los hijos. A mí me registró como nacido el día dos. Años después, cuando obtuve la ciudadanía española, debí presentar el documento de identidad y el registro del nacimiento y, como entre ellos había incompatibilidad, tuve que seguir un procedimiento para regularizar la situación. Ahora tengo el pasaporte colombiano en el que mi día de nacimiento es el dos y el español, según el cual, nací el tres.

Cuando mi hermana me vio por primera vez, quiso que yo fuera para ella el bebé que hasta ahora había sido Nina, una muñeca con cuerpo de trapo y cabeza de porcelana, que cuando la acostaban cerraba unos ojos azules con pestañas negras muy tupidas y geométricas. Al

contrario que Nina, yo era de verdad. Cerraba los ojos, lloraba, comía y producía desechos verdes y olorosos que Mamá limpiaba mientras Conchita miraba la operación, de pie, con ojos inquisitivos, las manitas agarradas al frente y la nariz fruncida. Durante los primeros meses Conchita abandonó a Nina y yo fui su nuevo bebé. Mamá fingía que la dejaba cargarme y, sin soltarme, le permitía que me tomara en sus brazos y me arrullara cantando canciones que entonaba en un lenguaje ininteligible. Tenía menos de dos años. En pocas semanas se cansó de un bebé tan complicado, siempre en brazos de Mamá o de Rosalina. Quiso entonces resucitar a Nina, pero ya era tarde porque yacía en el fondo de un cajón con la cabeza separada de su cuerpo, sin pelo y por mirada, dos cuencas espantosas y vacías. Lloró desconsolada durante varios días diciendo sin cesar la cantinela "yo quiero a Nina, yo quiero a Nina". Cuando Mamá estaba a punto de reventar de nervios, la eterna complacencia de mis tías salvó la situación con un regalo espléndido: una muñeca a tamaño natural que, abría y cerraba los ojos como Nina, pero, además, traía un biberón que sostenía con sus manos. Venía en una caja envuelta para regalo, con un enorme moño y una tarjeta que Mamá nos leyó. Al abrirla, se esparció en el ambiente un aroma dulzón que la muñeca conservó durante mucho tiempo. Era el mismo que percibimos años después, un diciembre en el que Mamá llegó a la casa con una caja de cartón en la que se leía "Pesebre Bartoplás". Contenía las estatuillas con las figuras para montar el belén de navidad. "Huele a muñeca", dijo Conchita, y desde entonces para nosotros esa fragancia se llamó "olor a muñeca". Era la impronta del nuevo material con el que ahora se hacía casi todo, el plástico, cuya primera representante en nuestra casa fue Titila, que así se llamó la muñeca de Conchita.

Titila fue longeva, al menos mucho más que Nina, y con ella mi vida adquirió una nueva dimensión cuando ya caminaba: fui padre de familia. Conchita me enseñó a jugar a las "mamacitas", juego en el que ella era la madre o, más exactamente, la matriarca, puesto que era la autoridad absoluta por ser dueña de la única hija que era Titila. Yo hacía mi papel de padre lo mejor que podía, pero debo confesar que nunca tuve talento para juegos de muñecas. Tanto jugamos, que a

veces pienso que corrí peligro de haber salido, cómo dijéramos... del otro equipo. Pero no, por fortuna. Y conste que no tengo nada contra ellos: muchos amigos míos tienen parejas del mismo sexo, y nos entendemos sin problemas. El hecho es que a mí me gusta ella; amo las aventuras entre él y ella; me agrada ver a los enamorados, ella y él, y jamás, ni joven ni viejo me prendé de él. Aunque tuve pretendientes "él" —como se verá más adelante—, me gusta ser como soy y me precio de haber llegado a los setenta, virgen de ya saben dónde.

Todavía no caminaba yo –que lo hice con dieciocho meses ya cumplidos– cuando Papá viajó a Cali. Había terminado allí su bachillerato y tenía todavía algunos amigos, pero, todo hay que decirlo, ninguno se movía por las altas esferas de la política que Papá necesitaba. Acababa de culminar sus estudios de medicina y para ejercer la profesión debía obtener el título, pero antes tenía que cumplir el requisito de practicar como médico rural durante un año. Es un sistema infame que trata de suplir con un servicio social obligatorio las deficiencias de un pésimo sistema de salud. Los médicos nobles, desterrados y mal pagados, se enfrentan a unas responsabilidades que casi siempre van más allá de lo que su corta experiencia puede solucionar. En centros de salud con recursos precarios y casi sin medicamentos, hacen milagros para prestar un buen servicio, pero puesto que casi siempre es imposible, se convierten en el blanco verbal y a veces físico de la ira de los pacientes. El nombramiento para esos puestos rurales estaba –y está– sometido a las palancas de tipo político y Papá, que no las tenía, se las ingenió para conseguir una. Supo que un paisano suyo, de Cartago, a quien no conocía, pero había oído nombrar, era diputado a la Asamblea del Valle del Cauca por el partido liberal. Así que viajó a Cali, fue al edificio de la Asamblea y se presentó sin anunciarse en la oficina de su paisano.

"Se le ofrece algo, señor" le dijo la secretaria, una muchacha joven, con un vestido ceñido que le bajaba de las rodillas y con unos ojos negros que miraban a través de unos anteojos de carey.

"Necesito hablar con el doctor Nicolás Vélez Molano", respondió Papá, al tiempo que se quitaba el sombrero.

"Tiene cita con él?"

"No, pero dígame que soy el médico Germán Bernal Uribe, de Cartago".

"Pero sin cita él no lo puede recibir", replicó la secretaria mirando a Papá por encima de las gafas.

"Mire, señorita. Son sólo quince minutos. Yo me siento aquí y espero el tiempo que sea necesario", dijo Papá con resolución, pero sin arrogancia.

Y dicho y hecho, se sentó en la silla que tenía al lado. La secretaria se quedó desconcertada. No dijo una palabra más y continuó moviendo papeles de aquí para allá en el escritorio, y de cuando en cuando echando una mirada de reojo para ver la actitud de Papá. Él permanecía impertérrito, con el sombrero sobre las rodillas, las manos cogidas en el regazo, absorto en sus propias meditaciones. Habría pasado una hora cuando la secretaria rompió el tenso silencio y dijo:

"¿Cómo dijo que se llamaba el señor?"

"Soy el médico Germán Bernal Uribe de Cartago".

La secretaria se levantó, abrió una puerta de madera en la que había una placa de bronce con una única palabra: "Diputado". Entró y cerró. Un momento después salió de nuevo.

"El doctor está muy ocupado y no puede atenderlo".

"No importa señorita. Yo espero lo que sea necesario", repitió Papá su fórmula con serenidad de asceta, y continuó abstraído en sus meditaciones. No tuvo el más leve pensamiento de reproche ni para el diputado, ni para la secretaria. Había venido a hablar con él, y con él hablaría, aunque hubiera tenido que esperar todo el día y volver al siguiente, y al otro, y al otro. Pero no fue así. Ya cerca del mediodía, cuando ajustaba casi cuatro horas de antesala inmóvil, la secretaria entró por enésima vez a la oficina del diputado y salió un minuto después.

"El doctor lo va a recibir ahora", dijo.

"Gracias señorita", repuso Papá imperturbable, al tiempo que se levantaba. Entró. No tuvo tiempo de decir una palabra antes de sorprenderse con la familiaridad de Nicolás Vélez.

"Cuéntame que te trae por aquí, Bernal", fue su saludo.

Papá se encontró frente a un corpulento cincuentón con personalidad apabullante, apoltronado en un sillón de cuero, detrás de un escritorio enorme de madera tallada. Se sorprendió mucho cuando lo nombró por su apellido.

"Doctor, yo soy paisano suyo, de Cartago, y acabo de terminar mis estudios de medicina en Medellín".

"Pero, ¿Tú eres Bernal de los de Justiniano?", interrumpió el diputado haciendo inflexiones en su voz de megáfono.

El tuteo, muy común entre los poderosos para aparentar cultura ante las gentes del pueblo, sonaba fingido en una región de Colombia en la que se vosea a los conocidos, como en Argentina, y a los desconocidos se los trata de usted. Mi pobre Papá, de familia campesina, hijo de un mayordomo de fincas que era a la vez el encargado de cobrar el peaje en el puente del río La Vieja; mi Papá que nunca presumió de apellidos, no supo a quién se refería el diputado al mencionar al tal Justiniano. Se trataba de un terrateniente paisa de la generación anterior, dueño de fincas cafeteras en varios municipios, una de las cuales era ahora del propio diputado. Pero Papá nunca supo fingir, ni mentir. Tuvo la ingenuidad de creer en la buena fe de todo el mundo y nunca midió las consecuencias de sus palabras.

"Pues no he oído hablar de Justiniano", respondió, "pero soy liberal. En las elecciones del cuarenta y dos voté por el doctor López y en las del cuarenta y seis por el doctor Turbay".

Fue una afirmación sincera pero arriesgada porque en el cuarenta y seis el partido liberal estaba dividido entre los seguidores de Gabriel Turbay y los de Jorge Eliécer Gaitán, y Papá no sabía a cuál de las dos facciones pertenecía el diputado. Pero tuvo suerte porque éste era liberal oficialista, como se les decía a los partidarios de Turbay. Por fortuna, ahora todos los liberales estaban unidos en torno a Gaitán.

"Y qué es lo que quieres, hombre Bernal", preguntó el diputado con la seguridad de quien está acostumbrado a que lo visiten sólo para pedirle favores.

"Pues verá doctor. Yo acabo de terminar mis estudios de medicina en la Universidad de Antioquia y necesito hacer el año rural para poder graduarme".

"Y quieres que yo te ayude con eso, ¿no?"

"Si doctor. Soy casado, tengo dos hijos y uno en camino y necesito trabajar para sostener a la familia".

"Pero si tú vives en Medellín yo no te puedo ayudar porque allí no está mi radio de acción".

"Doctor. Piense que yo soy cartagüense, y podría venir a vivir al Valle", replicó Papá.

"¡Ah! ¡Eso es otra cosa!", dijo con un cierto tono de satisfacción el diputado. Y añadió cambiando el tuteo formal por el voseo de confianza:

"Así si podés contar con mi ayuda".

"Gracias, doctor Vélez", dijo Papá dejando ver una tímida sonrisa muy propia suya. El diputado se levantó de su silla, se dirigió a la puerta y abriéndola, añadió:

"Yo te ayudo con eso, Bernal".

Nadie habría dado un centavo por la promesa del diputado, pues no era más que la palabra de un político que no sabe decir no. Pero Papá captó el carácter de Nicolás Vélez, campechano como el suyo, y llegó feliz a la casa de Pascasio. Le contó a Mamá con pelos y señales todos los detalles de la entrevista y no se cansaba de repetirle:

"Creéme Lucero. Me va a ayudar".

Y añadía, poniendo los pulgares en las axilas y sacando pecho, orgulloso de que el diputado lo llamara por su apellido:

"Me dijo: “Bernal, yo te ayudo”".

El día de mi cumpleaños nos reunimos en la casa de Pascasio con la familia de Mamá. La de Papá estaba lejos, en Cartago y esto fue un alivio para Mamá que nunca la fue muy bien con las cuñadas. Vinieron Coche y Crispe, mis tías solteras ya cuarentonas; vinieron mis tías Tulia y Matilde con sus hijos menores y también vino a verme mi tía Eugenia que llevaba ya diez años enclaustrada en un convento de Pereira y estaba de visita excepcional en Medellín. ¡Ah! Y también estuvieron en mi fiesta dos hermanas solteras de mi abuelo Tete, Maruja y Rita, únicas sobrevivientes de esa generación de la familia González. Mis tíos hombres no vinieron porque era día laborable y todos tenían sus compromisos, pero lo hubieran hecho de buena gana porque Mamá era la niña mimada de la casa, por ser la menor. Me trajeron regalos: un saquito de crochet, un cascabel de latón pintado de colorines, una cobijita de lana de color verde claro por un lado y azul por el otro. Partieron un pastel blanco decorado con un número 1 hecho de azúcar, y antes de ponerse el Sol ya todos se habían ido. Poco después entró Papá excitado, pero con el semblante feliz. Venía del hospital donde continuaba desempeñando el oficio de enfermero con el que se había solventado durante varios de sus años de estudiante. Pero le quedaba poco tiempo porque ya estaba en marcha el proceso de selección de quien debía reemplazarlo.

"Prepárate Lucero que nos vamos", saludó.

"¿Para dónde?", preguntó Mamá.

"Me dieron un puesto. Mirá para que te empapés", respondió Papá utilizando una expresión que solía usar en los momentos exitosos. Sacó del bolsillo de la camisa un papel y lo desdobló. Era un telegrama que leyó en voz alta, poniendo énfasis en cada sílaba.

CALI 2 ABRIL 1948

REFERENCIA MEDICO RURAL STOP

DOCTOR GERMÁN BERNAL URIBE URGE PRESENTARSE
ALCALDÍA ALCALÁ TÉRMINO DISTANCIA ALCALDE
BERNARDO BARRIGA STOP

FIRMADO JAVIER PUERTA RACINES SECRETARIO
ASAMBLEA VALLE

Mamá se alegró por un momento porque esperaba con ansiedad que Papá pudiera trabajar para graduarse y para sostener a la familia, pero su goce se ensombreció al instante porque comprendió que tendría que ir a vivir lejos de su familia más querida. Había nacido y se había criado en Medellín, capital del departamento de Antioquia y segunda ciudad del país. Se enorgullecía de ser ciudadina y sentía una cierta aversión por los pueblos pequeños a los que nunca miró con buenos ojos.

"¿Dónde queda Alcalá?", preguntó.

Después de casi cuatro años de casados Papá la conocía bien y comprendía el motivo de la pregunta, pero no supo matizar la respuesta.

"Es un pueblo pequeño que está a una hora de Cartago".

Pensó que ella se resignaría al saber que iría a vivir cerca de una población grande pero la respuesta tuvo efecto contrario: empeorar las perspectivas de Mamá. Cuando se casaron estuvieron cinco días en Cartago y a Mamá le parecía el lugar más caliente y lejano del mundo. Rezó la jaculatoria que usaba para situaciones desesperadas, y la dijo en voz baja, pero asegurándose de que Papá la escuchara: "Virgen santísima, favorecedme". Era su manera de decir "esto no me gusta nada".

"Ya verás que nos va a ir bien", dijo Papá, con lo que dejaba claro que se haría, aunque ella no lo quisiera. Era una forma de discutir muy habitual entre ellos, por medio de indirectas, las de Mamá como protesta, las de Papá, órdenes, y ella lo sabía.

Esa noche Mamá no durmió. Pensaba en sus cuatro meses de embarazo; en un viaje de catorce horas en tren o diez en bus de madera, por carretera sin asfaltar; se imaginaba el nacimiento de su hijo en un hospital caliente y desconocido, lejos de Gustavo su hermano que era el pediatra y consejero de cabecera. Tuvo vómitos que duraron toda la noche y en la mañana se levantó con ojeras de enfermo crónico, por el mucho llorar y el poco dormir.

"Hay Aña Lucía, como está de ojerosa", le dijo Rosalina juntando las manos y luego abriéndolas, como quien tiene una visión de ultratumba. "Siéntese yo le preparo un desayuno", agregó.

Papá salió del baño vestido con una levantadora a rayas, entró a la alcoba y, antes de cerrar la puerta le dijo a Mamá.

"Lucero, ayúdame a salir que estoy cogido del día".

No le dio importancia al estado de Mamá porque pensó que era natural para una mujer embarazada tener vómitos, llorar y estar ojerosa. Mamá le trajo la camisa y la corbata, le limpió los zapatos, le entregó el sombrero y, después de despedirse en la puerta con un beso rutinario, se sentó en el comedor y reventó a llorar.

"Rosalinita, vos sos mi paño de lágrimas". Dijo cuando la criada le trajo un desayuno reforzado, del que dejó más de la mitad.

Papá llegó al medio día y la encontró dormida, mientras que Rosalina nos entretenía a mi hermana y a mí. La despertó para darle la noticia: venía de poner un telegrama al alcalde de Alcalá anunciando su llegada el próximo lunes.

MEDELLÍN 5 ABRIL 1948

ALCALDE BERNARDO BARRIGA ALCALÁ

PROXIMO LUNES ESA MÉDICO RURAL STOP GERBERIBE

Para Mamá la parte buena de la noticia era que él viajaría solo, para preparar el terreno. Debía posesionarse como médico y conseguir una casa en alquiler antes de que viajáramos Mamá, Conchita y yo.

Los siguientes días Mamá lo pasó muy mal. Los embarazos anteriores habían sido tranquilos y llenos de ilusión, mientras que éste estaba siendo desastroso. No comía, dormía poco y la palabra Alcalá le producía náuseas. A todo esto se sumaba la actitud de Papá que, deslumbrado con su nombramiento, le restaba importancia a su estado. El viernes por la mañana antes de salir, Papá le dejó a Mamá una tarea:

"Empezá a empacar la maleta desde ahora, Lucero, para que no se me quede nada". Con su besito rutinario Papá salió y Mamá se quedó con sus dos hijos, con Rosalina y acompañada también por su malestar de mujer embarazada y por su dolor de condenada al destierro. Además de estos males, se sentía como una viuda con el marido vivo. Puso sobre la cama la ropa que guardaba en el armario heredado de su madre: dos camisas blancas de cuello y puños almidonados, calzoncillos de tela de algodón, el traje cruzado de paño azul a rayas, calcetines y pañuelos. Embetunó los zapatos negros, los dejó al pie de la cama y le pidió a Rosalina que le ayudara a bajar la maleta de la cornisa del armario.

Poco después del mediodía vino Papá con un paquete envuelto en papel de periódico y atado con una cuerda de cabuya. Había entregado su puesto de enfermero y ahora traía sus pertenencias consistentes en una bata blanca, una carpeta con papeles personales y algunos libros. Almorzaron juntos hablando cada uno de su propio tema: ella, mientras le ayudaba a comer a mi hermana, de lo mucho que estaba sufriendo con el embarazo, y él repitiendo una vez más los pasos que seguiría al llegar a Alcalá, como un actor que practica su guion para memorizarlo. Poco después de la una salió de nuevo para el hospital para despedirse de sus amigos y compañeros a quienes no volvería a ver por lo menos en un año. Mamá cerró la puerta y al volverse,

exhaló un suspiro de sorpresa y de nuevo empezó a llorar. El envoltorio de periódicos que vio junto a la cama le recordó que en dos días se quedaría sola y, lo que era peor aún, en pocas semanas ella también tendría que viajar. Aunque todavía no lo conocía, Alcalá era para ella el más indeseable infierno de la Tierra.

A media tarde llegó Claudio, el marido de Rosalina. Siempre sonriente, dos o tres veces por semana iba a la casa de mis tías a ver a Tránsito su cuñada y luego venía a mi casa después del mediodía. Traía noticias frescas, se tomaba un chocolate con arepa y salía de nuevo. Yo era el primero que salía a recibirlo movilizándome por medio de un caminador de rodachinas. Él saludaba en voz alta diciendo “muy buenos días” y después se dedicaba unos minutos a hacerme morisquetas. Se agachaba para quedar a mi altura y dando saltitos como una rana me decía: “Toñico, Toñico”. Yo me reventaba de la risa y él repetía la actuación hasta que se cansaba. Claudio fue mi primer amigo, aparte de Conchita, y yo tuve la alegría de ser su último amigo cuando, ya estando él muy impedido, con casi noventa años, iba a visitarlo los fines de semana a su casa del barrio Berlín. “Yo ya he vivido mucho, Toñico”, me decía abandonando por un momento su eterna sonrisa. Estaba cansado de vivir. Un día que fui a visitarlo, al ver que no me abría la puerta, hablé con el vecino de al lado. “El murió el lunes pasado”, me dijo. Fue hace más de cuarenta años, pero todavía añoro sus historias y tengo el remordimiento de no haber cumplido su último deseo: “el día que me muera quiero que me traigan a Pelón Santamarta y a Cabecitas”. Mi remordimiento es infundado: Pelón Santamarta murió veinte años antes que Claudio y nunca supe quién era Cabecitas.

Aquel viernes en la casa de Pascasio Claudio no saludó ni me hizo reír con sus saltos de rana y su “Toñico”. Con voz ceremoniosa y entrecortada por la emoción dijo:

"Mataron al doctor Gaitán".

"¡Cómo así por Dios!", exclamó Rosalina que había acudido a abrirle la puerta.

Al oír la noticia, Mamá salió de la alcoba y, antes de que pudiera decir algo, Claudio añadió:

"En Bogotá hay una revolución y aquí están cerrando todos los comercios".

Gaitán era el líder político más carismático del momento y con su elocuencia se había ganado el apoyo de las masas populares liberales que lo llamaban "el candidato del pueblo".

Mamá estaba más pálida que siempre. Presintió que el país dejaría de ser un lugar bucólico y tranquilo, para convertirse en un hervidero de odiadores y odiados en el que cada corazón es una hucha de violencia. Tenía razón. Es una situación que se conserva casi intacta setenta años después como se puede comprobar leyendo las historias y escuchando los chistes callejeros y las cadenas que circulan en la red. Hace poco recibí un correo enviado a muchos destinatarios por un profesional culto y estudioso. Se deleitaba exaltando el carácter de nuestros compatriotas, con frases como "el colombiano no pelea, la monta; no te golpea, te levanta". "Somos así", decía, y añadía: "es la verraquera". Justificaba con eufemismos la violencia del corazón. No respondí al correo, esperando ver los comentarios de los múltiples destinatarios, y me quedé de una pieza al ver cómo mis propios amigos y parientes complementaban sus afirmaciones con frases y palabras de tinte sórdido y macabro. Mencionaron dichos como "A quién hay qué matar", "irse de cajón", "ese no come natilla" y palabras como "matazón" o "trabajito", esta última para referirse al trabajo asignado a un sicario. Con la muerte de Gaitán cambiamos el precepto evangélico por el de Manuel de Seabra: "odiaos los unos a los otros" y murieron la confianza en el otro y el valor dado a la palabra empeñada, del que tanto se enorgullecían los abuelos.

Mamá estaba nerviosa, muy nerviosa. Las noticias se difundían por la radio y en mi casa no había aparato receptor. Claudio había hablado de revolución, de comercios cerrados, pero era todo; se fue al centro de la ciudad a caza de noticias. Mamá decidió ir donde mis tías, y todos salimos para la casa de Bomboná, Conchita de la mano de Mamá y yo en brazos de Rosalina. La puerta estaba abierta. Entramos

como si fuéramos invisibles, nadie nos dijo "hola" porque estaban en shock, igual que el día del estallido de una guerra. Allí estaban mis tías Coche y Crispe; mis tías abuelas Maruja y Rita que habían ido en busca de compañía para esos momentos de tensión; estaba Tránsito y ahora llegaban Mamá, Conchita y Rosalina. En ese gineceo yo era el único hombre, pero ni hablaba ni caminaba, sólo lloraba por el pánico de sentir el ambiente siniestro del lugar. La radio estaba encendida pero no había forma de escuchar, porque mi tía Crispe cambiaba las emisoras, buscando en vano una que diera las noticias que ella quería oír. Pero todas estaban tomadas por los rebeldes liberales que clamaban venganza por el asesinato del líder popular. Hubo un momento en que detuvo el dial y se alcanzó a escuchar una frase completa: “Nuestro movimiento se suspende cuando veamos la cabeza de Ospina Pérez rodando por las calles de Bogotá. ¡A la carga liberales!” Mariano Ospina Pérez era el presidente de la República, del partido conservador, el mismo al que pertenecía en bloque la familia de Mamá, desde que fue fundado hacía tres generaciones. Los liberales y otros partidos minoritarios veían en Ospina al autor intelectual del magnicidio. Cuando se oyó en la radio la fatídica frase, Crispe apagó de golpe y todas las mujeres se echaron bendiciones y lloraron desconsoladas. Movidas por un impulso unánime y alzando al cielo las miradas, ensartaron a coro oraciones y jaculatorias pidiendo la intervención de la Corte Celestial. “Sagrado Corazón de Jesús en vos confío, Sagrado Corazón de Jesús en vos confío, Sagrado Corazón de Jesús en vos confío, Padre nuestro que estás en los cielos...” y así fueron hilvanando diostesalvemariás, salves, credos y letanías que ahogaban mi llanto desconsolado y el de Conchita. "Mater Creatoris, Ora pro nobis, Mater salvatoris, Ora pro nobis, Virgo clemens, Ora pro nobis...". De repente, interrumpiendo el rezo, Mamá dijo en voz alta: “Virgen Santa. Germán debe estar que llega”. Y dejando con un adiós aquella escena lóbrega, salió con Conchita de la mano y con Rosalina detrás llevándome en sus brazos.

Cuando llegó Papá no trajo más noticias que las que ya todos sabían. No quiso mencionar la situación. Sólo dijo con voz acongojada: “Lo asesinaron. Muy importante el doctor Gaitán. Muy importante”.

Mamá pasó todo el sábado empacando y desempacando y volviendo a empacar la maleta, pero en su fuero interno conservaba la esperanza de que el viaje se frustrara debido a la delicada situación del país. Pero Papá siempre fue inmune a los ambientes de peligro y, a pesar de su carácter fuerte y de su monumental falta de tacto para hablar en los momentos en los que habría sido prudente callar, nunca tuvo que lamentar reacciones graves por parte de nadie.

"No te preocupés Lucero", le decía a Mamá. "Esos pueblos del Valle son todos liberales".

Él sentía el escudo protector de su afiliación al partido, sin saber que la razón de ser de su inmunidad era precisamente su vulnerabilidad. Así que el domingo cogió el tren de las seis de la mañana en vagón de segunda clase y salió rumbo a La Pintada. Allí debía hacer un trasbordo a las dos de la tarde y tomar el Ferrocarril del Pacífico que lo dejaría en Cartago a las ocho de la noche y, al día siguiente, lunes, un camión de escalera lo dejaría en Alcalá antes de terminar la mañana.

Mamá se sintió muy sola, pero, cosa sorprendente, no lloró, ni se quejó, ni sintió las náuseas que se habían vuelto cotidianas. Después del mediodía vinieron mis tías y estuvieron cotilleando toda la tarde, entre otros temas, sobre el asesinato de Gaitán, o "el Bogotazo", como lo llamaron, y su repercusión en toda la nación, pero ya sin las angustias de aquel viernes fatídico. Todo parecía indicar que Mamá había entrado en una etapa de resignación. Ahora veía su situación con naturalidad, sin compararse con sus hermanas casadas y con sus cuñadas que tenían sus hogares y vivían en Medellín o cerca de allí. Tanto bien le hizo la compañía de mis tías, que, a partir del lunes, cambiaron el horario y vinieron todos los días después de asistir a la misa de las siete en la iglesia de San Ignacio, para poder estar con ella toda la mañana.

Ocho días después de la partida de Papá, sólo se sabía de él que había llegado bien, por un telegrama en el que no aparecían sino la dirección y cuatro palabras más: "Llegué bien saludes Germán". Él llevaba muy poco dinero y no recibiría sueldo sino un mes después de posesionarse y, puesto que los telegramas se cobraban según el número de palabras, tenía la sagrada obligación de ser lacónico. El correo era más barato, pero tardaba varias semanas en llegar.

Un día mis tías encontraron a Mamá todavía en la cama a pesar de ser las nueve de la mañana. Estaba demacrada y saludó con voz de tiple que apenas se escuchó.

"Así está desde anoche", dijo Rosalina. "No ha querido probar bocado".

Mamá le ocultó a Rosalina que estaba sangrando desde la madrugada, y ella misma se lavaba lo mejor que podía, con la esperanza de que fuera un episodio pasajero. Pero el flujo aumentaba y, cuando llegaron Coche y Crispe, se vio obligada a confesarles la situación. Ellas se llenaron de nervios porque no tenían ni idea de lo que se hacía en estos casos, hasta que Coche dijo con voz firme:

"Hay que llamar a Gustavo".

Crispe le dio la orden a Rosalina de que fuera al consultorio que estaba cerca, y le dijera que debía venir de urgencia. Poco rato después estaba allí. Como médico experimentado, en unos minutos se puso al tanto de la situación y, llamando a mi tía le dijo:

"Cris, es urgente que la vea Henao Posada. Y pónale un telegrama a Germán diciéndole que venga de urgencia que Lucía está muy mal".

Jorge Henao Posada era el obstetra más solicitado de la ciudad, el que había asistido a Mamá en los nacimientos de Conchita y yo, y le había hecho las pruebas de rigor para este nuevo embarazo. Gustavo, por su parte, era uno de los tres hermanos médicos de Mamá y un pediatra eminente. Papá le tenía un respeto reverencial desde que fue su profesor en la facultad de medicina y, a pesar de ser su cuñado, siempre se refirió a él como "el Doctor Gustavo". Sus sugerencias

eran órdenes para Papá. El propio Gustavo se encargó de avisarle a Henao Posada pues su consultorio le quedaba de paso hacia la casa; Coche y Crispe salieron juntas hacia la telegrafía. Desde que murió mi abuela, jamás ninguna de las dos salió a la calle sin la otra: Coche porque era ciega, Crispe porque se entregó por entero a ser el lazarillo de su hermana veinticuatro horas al día.

Después de que Henao Posada examinó a Mamá, frunció y curvó los labios hacia abajo, miró al vacío e hizo un gesto de negación con la cabeza.

"Lucía, te tengo una mala noticia". Mamá no dijo nada.

"El feto está muerto". Mamá suspiró y derramó lágrimas, pero no se sorprendió: ella lo sabía.

"Te vamos a hospitalizar y daremos un plazo de cuarenta y ocho horas. Si no sale por vía natural, tendremos que hacer cirugía".

Cuando Mamá ingresó en el hospital, el sangrado y los dolores iban en aumento. La sedaron. No hubo necesidad de cirugía, pero cuando todo pasó, la vencieron los sedantes, el letargo de la anestesia y las tensiones acumuladas durante los últimos días. Se quedó profundamente dormida.

Despertó sin saber dónde estaba ni qué día era. Sintió que unas manos tibias arropaban las suyas y abrió los ojos. Su sorpresa fue mayúscula al ver a Papá sentado en el borde de la cama.

"¡Germán!", exclamó. "¿Cómo pudiste llegar tan rápido?"

"Vine en avión desde Pereira". Respondió Papá.

En efecto, hacía pocos meses habían inaugurado el campo de aviación Matecaña y acababan de empezar los vuelos a Medellín en bimotores que iban en hora y media de una ciudad a la otra.

"Pero eso es muy caro", dijo Mamá que conocía la precariedad del bolsillo de Papá. "¿Cómo conseguiste la plata?"

"Me dieron cuarenta pesos por el reloj" respondió Papá.

Mamá no pudo creer lo que acababa de escuchar. Ella había vendido unas pocas acciones que le quedaron cuando murió mi abuela, y el dinero lo gastó en comprarle el reloj para su cumpleaños. Sabía que para Papá tenía un gran valor y no entendía que hubiera podido desprenderse de él.

"¿Cómo fuiste capaz de venderlo?", le preguntó entre airada y sorprendida.

"No lo vendí. Lo empeñé", dijo Papá.

Resultó cierto. Alcalá era el lugar más caliente, inhóspito y feo del mundo. En palabras de Mamá: "un moridero". Allí se podía ir en tren desde Cartago, pero era un viaje incómodo e incierto, para el que sólo había vagones con bancos de tablas colocadas a todo lo largo. En ellos era imposible moverse sin tropezar con los costales de fique llenos de hortalizas o de café, los canastos con aves de corral y los cerdos de engorde atados a las patas de los bancos. Los hombres de negocios y las familias de una mediana posición social preferían hacer el trayecto en camión de escalera que recorría los veinticinco kilómetros desde Cartago en una hora, siempre y cuando las lluvias no hubieran convertido la carretera en un barrizal liso como pista de hielo. En ese caso el viaje era una aventura que podía durar el día entero y en muchas ocasiones los pasajeros tenían que bajarse a empujar el camión para desatascarlo. El pueblo era una calle larga y sin pavimentar, que discurría por el filo de una vertiente de la Cordillera Occidental de los Andes. A lado y lado se desprendían tres o cuatro calles empinadas que en los mapas daban al pueblo aspecto de peineta. Al final de la calle principal estaba la plaza con la iglesia al frente de la Casa de Gobierno y, en el centro, un samán ya casi centenario que era lo único digno de admiración en todo el pueblo.

Mamá, Conchita y yo llegamos procedentes de Pereira porque Papá, muy entusiasmado con lo cómodo que fue el viaje que hizo a ver a Mamá en su parto fallido, nos compró tiquete en avión. Él había recibido ya dos sueldos y tenía muy pocos gastos porque habíamos entregado la casa de Pascasio y mi hermana, Mamá y yo estuvimos viviendo esos dos meses donde mis tías en la casa de Bomboná, mientras Mamá se recuperaba de lo que en las visitas de familia llamaban "la novedad". La palabra "aborto" era de mal gusto y había que reemplazarla por un eufemismo. Nunca he entendido esa costumbre que aún se conserva con algunas palabras del castellano. Si dos palabras significan lo mismo, ¿por qué una es de mal gusto y la otra no? En fin, que Papá disponía de algún dinero y les compró tiquete en avión a Conchita y a Mamá, porque yo viajaba gratis como

niño de brazos. Con casi quince meses, me negaba rotundamente a caminar. Viajar por aire era entonces una novedad. En aviones pequeños, pesaban a los pasajeros para saber en qué sitio los acomodaban y había tantos vacíos en un trayecto corto, que casi todos los viajeros se veían obligados a usar la bolsa para el mareo.

Aterrizamos en Pereira y desde allí hicimos el resto del trayecto en una chiva, un taxi colectivo que iba desde el aeropuerto al centro de Cartago y por unos pesos de más, hasta los municipios más cercanos, a petición de los viajeros. Llegamos a la Casa de Gobierno, el caserón más grande de Alcalá, de principios del siglo, con un portón enorme, una cochera a la derecha, ventanas en los dos pisos y en el centro, un balcón con baranda de hierro. Se entraba por un zaguán en el que estaban, a un lado la estación de policía y al otro la telegrafía; desembocaba a un patio de azuleas rodeado por un corredor enladrillado, al que daban las puertas de las distintas dependencias municipales. A un lado, una escalera de ladrillos iba al piso de arriba donde quedaban el despacho del alcalde, del secretario, del personero, y la sala de sesiones del Concejo Municipal. La única dependencia con puerta hacia la calle era el consultorio de Papá con el humilde nombre de "Puesto de salud". La antigua cochera, con su puerta ancha, servía de sala de espera y comunicaba con un pequeño cuarto en el que había una mesa y su silla para el médico, una tarima para examinar a los enfermos y un lavamanos que, tosía como tísico antes de dejar salir el agua, cuando la había. Una ventana alargada, a la altura del techo, dejaba entrar un lánguido rayo de luz procedente del patio interior de la casona.

Papá salió a recibirnos con el rostro iluminado por la felicidad como un predestinado. Dijo en voz alta: ¡Lucero!, besó a Mamá, levantó a Conchita por encima de la cabeza y me tuvo a mí un momento entre sus brazos. Luego salió a la acera y ordenó:

"Roberto, hágame el favor de llevar esta maleta y las dos cajas a la casa de don Venancio".

"Si doctor" dijo Roberto, y en un momento atravesó la plaza con su carga.

Roberto era un muchacho de unos quince años que se ganaba la vida haciendo recados en el pueblo. Todas las mañanas se plantaba en una esquina de la plaza y, cuando llegaba una chiva, o la línea, que era como llamaban al camión de escalera, se ponía cerca y anunciaba el viaje a toda voz: "A Cartago, Cartago, Cartagoooo", hasta que reunía viajeros suficientes para que el vehículo partiera. Entonces el chofer le daba una moneda que juntaba con las que recibía de los viajeros por ayudarles a subir o a bajar sus equipajes. Aparte de su trabajo como ayudante del transporte público, era el mandadero de tiempo completo de la farmacia. Ulpiano el farmaceuta, campeón de ajedrez indestronable, tenía montado un servicio que fue, sin duda el precursor en pequeño de las empresas de paquetería. En un pueblo en el que había solamente dos teléfonos, el de la alcaldía y el de la estación, tenía servicio a domicilio. Recibía del médico las recetas – que casi todas eran preparados–, se tomaba su tiempo para hacer las mezclas en las proporciones requeridas y llamaba a Roberto para que las llevara a las casas o a las fincas de los clientes. Como el paradero de Roberto era impredecible porque siempre estaba de aquí para allá en alguna finca vecina, o en una casa del pueblo prestando sus servicios, el boticario tenía un código para llamarlo: salía a la puerta de la farmacia metía los dedos índices en la boca y daba tres silbidos que se escuchaban de un extremo a otro de la Calle Larga: "Fiiuuuiiii, fiiuuuiiii, fiiuuuiiii". Estuviera donde estuviera, a Roberto le llegaba el llamado porque no faltaba quién le dijera: "Berto, ahí te está llamando Ulpi", y Roberto corría a la farmacia.

Desde que Papá llegó a Alcalá empezó a utilizar los servicios de Roberto, primero para tareas muy sencillas, como comprar los cigarrillos o traerle el almuerzo del restaurante de Vitalina. Después lo convirtió en su persona de confianza, que le servía de ayudante en todo, en especial en la preparación de la casa para la venida de Mamá. Para Papá el tener un ayudante fue toda la vida fundamental, incluso para las tareas más sencillas como cambiar una bombilla. Es una

costumbre muy arraigada en el país, que duplica los costes, convirtiendo en una ilusión la pretendida mano de obra barata. Una muestra de esta situación está hoy en los camiones o camionetas de reparto de mercancías, que llevan un chofer y un ayudante. En el momento de hacer la entrega, el chofer se sienta a fumar un cigarrillo o a dormir una siesta, mientras el ayudante va y viene con los paquetes. Es un modo de proceder incomprensible en otras partes del mundo donde no entienden que se le pueda pagar a una persona por sentarse a dormir.

Mamá causó sensación en el pueblo tanto por su belleza como por sus modales que evidenciaban una persona de la ciudad. Su tez blanca en contraste con el color más bruno de los lugareños; su cabellera negra, los ojos grandes y vivaces con pestañas tan largas como las de Nina, los labios rojos y los dientes blancos y bien cuidados, la cintura delgada, a pesar de sus tres embarazos, las manos largas y delicadas, todo en ella era encanto. Cuando nos disponíamos a ir detrás de Roberto a la casa de don Venancio, bajaron a saludarla don Berna el alcalde, y Julito el secretario. Vinieron también Libardo el tendero, Ulpi el boticario, los dos policías, el telegrafista y dos o tres funcionarios más de la Casa de Gobierno, amén de varias docenas de curiosos que se acercaron a ver lo que pasaba. En la puerta del Puesto de Salud se formó un corro de curiosos, a la sombra clemente del samán centenario. Todos se interesaron por mi hermana y por mí, en especial por ella que, con casi tres años, iba caminando por entre el gentío y no cesaba de hacer preguntas y de dirigirse a los presentes, con confianza, diciendo “señor esto, señor lo otro, señor lo de más allá”. Pero el verdadero interés de todos era conocer a Mamá y hablar con ella. Alguno de ellos escuchó que cuando Papá salió a recibirnos exclamó ¡Lucero!, por lo que esa tarde y durante varios días fue para todos “doña Lucero”. Al cabo de pocos días todos supieron que su nombre era Lucía y no tuvieron problema en cambiar su manera de llamarla, excepto Roberto que estaba con nosotros casi de tiempo completo y le había dicho tantas veces “doña Lucero”, que se sintió incapaz de hacer el cambio. Pero se avergonzaba porque sabía que ese

era un apelativo cariñoso que usaba Papá y sólo él. Para resolver ese conflicto interno, un día se atrevió y le dijo:

"Doña Lucero. Dígame si a usted le choca que yo le diga doña Lucero" y añadió: "es que ya no soy capaz de cambiar".

"No, Robertico. Podés decirme como querás, que a mí no me choca", le respondió Mamá.

Y desde entonces él se sintió más apegado a nosotros, orgulloso de saber que era el único en el pueblo que la llamaba igual que Papá.

Mamá la vio desde que llegó en la chiva, pero nunca imaginó que viviría en ella. Le llamó la atención porque era la única casa de la Calle Larga construida con ladrillos y tejas de barro, como las que vio después en las cuatro calles de la plaza que rodeaban el samán. Las demás eran ranchos con paredes de tablas y techo de láminas de zinc, o chozas de bahareque con techo de hojas de palma. Era, sin duda, una de las mejores del pueblo porque fue la casa de habitación del terrateniente Venancio Pareja hasta que enviudó y se fue a vivir a una de sus fincas cafeteras. Entonces la cerró con casi todo su mobiliario dentro y así estuvo varios meses hasta que Papá llegó al pueblo. El alcalde fue quien se encargó de ponerlos en contacto y ellos acordaron un canon de quince pesos mensuales por un término de un año.

Llegamos a ella guiados por Roberto porque Papá se quedó atendiendo a los últimos pacientes de la tarde. Mamá se detuvo un momento para mirar su aspecto. La separaba de la calle una acera tan angosta, que había que hacer equilibrio para andar por ella; el techo, en cambio, tenía un alar ancho del que en épocas de lluvia caían casi a la mitad de la calle los chorros de agua que rodaban por las tejas. Como la calle era parte de la carretera principal que iba de Cartago a Quimbaya, pasaban por allí camiones grandes con mercancías, muchos de ellos más altos que el techo de la casa. En el pasado varios de ellos arrancaron de cuajo el alero por lo que Venancio Pareja puso dos bidones metálicos en la calle, a lado y lado de la casa, para obligar a los vehículos a apartarse de ella. Con el fin de que nadie los moviera, los hizo rellenar con hormigón y así los convirtió en un juego en que los mocetones más fuertes del pueblo se desafiaban para ver quién era capaz de soliviarlos.

Como casi todas las del pueblo, la casa era más ancha que larga porque el terreno caía bruscamente hacia la ladera de la montaña. Tenía paredes encaladas y puerta y ventanas que originalmente estaban pintadas de rojo primitivo, pero ahora eran de un color café con leche producido por la polvareda continua que levantaban los vehículos. Un par de días antes de que llegáramos, Papá tuvo el

detalle de hacer limpiar la fachada, incluyendo la puerta y las tres ventanas que, con su rojo vivo la convirtieron en casa de pesebre. Pero para cuando llegamos tenía otra vez un aspecto ruinoso porque el polvo le había hecho recobrar su color de camuflaje. Mamá puso un pie dentro. Miró con precaución como el que intenta entrar en una cueva. Pensó: "Virgen santísima, ayudame a convertir este antro en un hogar". La puerta principal daba a un salón grande embaldosado con mosaicos de colores, que hacía las veces de sala, comedor y zona de tránsito para las otras partes de la casa. Una de las ventanas permitía iluminar el salón, cuando se abría, que era pocas veces: si no llovía, entraba una nube de polvo que se veía flotar en los menguados rayos de Sol que penetraban en la casa; si llovía, las salpicaduras de barro cruzaban la ventana en trayectorias curvas, como proyectiles que hacían blanco en medio del salón.

El mobiliario consistía en cuatro sillas de madera con esterillado de mimbre, dos de ellas mecedoras, y para el comedor, una mesa pequeña con cuatro taburetes de baqueta. Las paredes estaban decoradas con cuadros de colorines: san Antonio con el niño en sus brazos y san Cristóbal llevándolo en sus hombros, el ángel de la guarda y santa Bárbara con una hoja de palma entre las manos. Junto a las sillas, un cuadro descolorido por el bochorno, representaba a una diosa coronada con flores, flotando en una barca y rodeada de ninfas y de faunos. A mano izquierda estaba la alcoba de Papá y Mamá con sus baldosas policromas y su ventana que también daba a la calle. Igual que la del salón, permanecía cerrada con aldaba. La cama grande era metálica con adornos dorados que habían perdido su lustre hacía tiempo. Hacían las veces de nocheros, dos mesas pequeñas sin cajones, tendidas con carpetas de bolillo que habían sido blancas. En el lado opuesto del salón estaba la alcoba de Conchita y yo, casi tan grande como la de Papá y Mamá. Cuando Don Venancio abandonó la casa, lo único que se llevó fue el mobiliario de esa pieza, por lo que Papá compró un catre, también metálico y de color verde pálido, para Conchita y uno más pequeño y con barandillas, para mí. La verdad es que nunca dormimos en esa alcoba en los doce meses que vivimos allí. ¡Tanto miedo nos producía aquel ambiente tétrico y oscuro! La

ventana que nunca se abría; el techo con sus largueros de guadua que crujían por la noche y el bombillo macilento que pendía de un cable y hacía que las sombras de los objetos se balancearan como fantasmas. La única persona que durmió en ella fue mi tío Mario —hermano de Mamá y padrino mío— cuando fue a visitarnos en las vacaciones de diciembre. El catre grande lo usábamos como escenario para jugar, porque su toldillo para los zancudos parecía una tienda de campaña; el pequeño, y otro gemelo que Papá tuvo que comprar, terminaron por quedarse en el salón, junto a la alcoba de Papá y Mamá que dormían con la puerta abierta para que nosotros no pasáramos miedo.

Al fondo del salón estaba la puerta de atrás que daba a un corredor tan largo como el ancho de la casa y tan angosto que una persona adulta lo cruzaba en dos trancos. Al contrario que en el resto de la casa, allí el suelo era de tablas que se habían contraído con el tiempo y dejaban entre ellas ranuras a todo lo largo, por las que cabía el dedo de un adulto. El techo de zinc estaba sostenido por pilares de guadua que bajaban unos metros por debajo del suelo debido a la pendiente del terreno. Hacía de cocina en un extremo del corredor, un fogón de leña construido en ladrillos, tapado con una plancha de hierro fundido que tenía tres perforaciones para adaptarse a diferentes tamaños de las ollas. En el extremo opuesto había un lavadero de cemento y un cuarto de baño, todo de madera sin techo, con letrina y con ducha.

Mamá empujó la puerta de atrás con un dedo, como si fuera porquería. Dio un grito de sobresalto y llamó:

"¡Roberto!"

Roberto, que estaba en la calle, sentado en uno de los bidones de hormigón, esperando que Mamá reconociera la casa, al oír el grito vino al instante y preguntó:

"¿Qué le pasa, doña Lucero?"

"¡Un alacrán!", dijo Mamá.

En efecto, ella vio cómo un escorpión estaba pegado en el marco de la puerta y al sentir el movimiento corrió a esconderse en una de las ranuras del suelo de madera.

"Yo no duermo en esta casa con un alacrán suelto" –sentenció Mamá.

"No se preocupe doña Lucero que lo matamos".

"Está debajo de las tablas".

"Si hay que quitarlas, las quitamos" interrumpió Roberto para tranquilizar a Mamá. Y añadió: "espere un momento que voy a traer herramientas".

Roberto salió y Mamá se encerró con mi hermana y conmigo en la alcoba, a la luz menguante del atardecer que entraba por un postigo de la ventana. No se atrevía a sentarse en la cama por miedo a que apareciera otro animal ponzoñoso, pero después de un rato empezó a examinar con cuidado cada rincón del cuarto. Abrió otro postigo para que entrara más luz; levantó los tendidos de la cama por un extremo, cogiéndolos con dos dedos, como si estuvieran infectados; se agachó y miró debajo de la cama, no solo el suelo, sino también las tablas que soportaban el colchón. Entonces oyó la voz de Roberto que conversaba con alguien y salió al salón.

"Doña Lucero, le presento a mi tío" dijo Roberto.

El presentado, un señor ya mayor, calzado con alpargates de fique, y con un delantal blanco de lona atado a la cintura, se adelantó y le tendió la mano.

"Mucho gusto, doña Lucero. Hilario López para servirle".

"Lucía González de Bernal" respondió Mamá con timidez. Y añadió: "don Hilario, yo no soy capaz de vivir con un alacrán andando suelto por la casa".

"Ellos siempre vienen en parejas, pero no se preocupe que los matamos", explicó don Hilario.

"¡Vea pues!" dijo Mamá. "¡Ya no es uno sino dos!" Y agarrándonos a Conchita y a mí, que jugábamos ajenos a la situación, fue a sentarse muy en el borde de la cama, en una actitud de desamparo que daba pesadumbre el sólo verla.

Hilario López era el carpintero del pueblo. Él mismo aserraba los tablones que necesitaba, desde maderas exóticas para fabricación de muebles, hasta el humilde chingalé para hacer ataúdes a la medida, que eran su especialidad. Con una palanca de hierro y un martillo de uña levantó la tabla por la que Mamá indicó que se había metido el animal. Ahí adentro había algunos objetos sin valor y basuras que se colaban por las ranuras, pero ni señas del alacrán. Desclavó dos tablas más y así pudo meter la cabeza a ras del suelo para examinar hasta el último rincón, pero allí no había nada. Entonces enrolló una hoja de periódico, le encendió fuego en una punta y la fue metiendo por todos los vericuetos del entablado, desde un extremo del corredor hasta el otro. Al llegar a la base del lavadero, apareció lo que esperaba, pero no era un solo animal, sino todo un ejército cuyos soldados, asustados por el fuego, salieron con sus agujones izados, como escuadrón de asalto. Don Hilario se quitó uno de sus alpargates y empezó a dar golpes secos que contaba como si repartiera cartas en un juego de naipes: "Uno, dos, tres..." y con la otra mano acercaba el papel encendido para que no se escaparan. "Siete, ocho...". Incluso los que al ver la llamarada se suicidaban clavándose su propio aguijón, eran rematados con un certero y seco alpargatazo, e inmediatamente inventariados en voz alta: "quince, dieciséis...".

Cuando llegó Papá, ya anocheciendo, encontró tanto a don Hilario, como a Roberto, con antorchas y alpargates, turnándose para llevar la contabilidad siniestra.

"¡Treinta y uno!" decía el uno

"¡Treinta y dos!" respondía el otro, e inmediatamente se escuchaba la voz del primero:

"¡Treinta y tres!"

Papá entró a la alcoba y nos encontró aterrorizados como si se tratara de una batalla real la que se estaba librando afuera.

"No pasa nada. No hay peligro. Esos animalitos no pican si no se los molesta" dijo, tratando de consolarnos, sin reparar en la molestia que eran los alpargates y las antorchas.

Por fin, la tensión rebajó; las llamas se apagaron y los alpargates regresaron a los pies de su dueño. Se escucharon los martillazos de don Hilario que clavaba las tablas para dejarlas en su sitio. Tratando en vano de reconfortarnos, Papá nos sacó de la alcoba para que viéramos cómo todo estaba normal.

"Todo el pueblo salió a recibirla, doña Lucero" dijo Roberto. "Hasta los alacranes vinieron a saludarla" añadió.

"Puede usted dormir tranquila que ya tiene una casa limpia" dijo don Hilario. Y Roberto remató:

"Ya no queda ninguno, doña Lucero. ¡Destripamos noventa!"

Mamá se adaptó pronto a esta nueva vida, no con alegría, sino con resignación. Su formación profundamente religiosa le había enseñado que Dios nos envía pruebas con las que debemos demostrar nuestra fe. Como ejemplo, ahí están las vidas de los santos y mártires, empezando por Job al que le cayeron en ráfaga todos los males imaginables. Ella estaba siendo probada, primero con la pérdida de un hijo y después con el destierro a un lugar inhóspito y salvaje, en unas condiciones de vida muy inferiores a las que estaba acostumbrada. Lo primero que hizo fue conseguir quién le ayudara con las tareas de la casa. Para la limpieza y para hacer las veces de niñera contrató una dentrodera, que era como se le decía a ese oficio. La elegida fue Eloísa Saldarriaga, una mujer de treinta años, simpática y alegre, que estuvo encantada de tenernos a Conchita y a mí como pupilos. Ella nos bañaba, nos vestía, lavaba mis pañales y nos sacaba a pasear por el pueblo, pasando adrede cerca de los corrillos de hombres para escuchar los piropos y fingir no haber oído nada. Eloísa fue mi segunda niñera después de Rosalina. Para la cocina Mamá necesitó también una encargada, no porque no supiera o no le gustara la culinaria, sino porque entre las tareas inherentes a la comida estaba el encendido de la leña o del carbón, labor que ella nunca realizó en sus años de soltera y que en los que llevaba de casada había recaído siempre sobre Rosalina. Aunque las tareas de la dentrodera y de la cocinera estaban bien delimitadas, Ana permanecía atrapada en el síndrome criollo de los ayudantes. Aprovechando su autoridad de madre, interrumpía a Eloísa en sus quehaceres para que le ayudara en labores tan simples como freír una carne: Eloísa sostenía la sartén y ella le daba la vuelta.

Roberto iba todos los días a la casa a ver qué se ofrecía y aprovechaba para divertirse un rato conmigo poniéndome a dar vueltas por la casa, caminando agarrado de su mano. Yo disfrutaba mucho de estos paseos domésticos y esperaba a que viniera para llamarlo con mis palabras que empezaba a pronunciar. A la larga fue un amigo como lo había sido Claudio. Tanto afecto le tuve, que un día me negué a que Eloísa

me vistiera y diciendo “Teto”, “Teto”, dejé claro quién quería que lo hiciera. Y fue así como durante un tiempo, la niñera esperaba a que llegara Roberto para vestirme. Mi amistad con él dio su fruto. Un día, cuando ya todos habían perdido la esperanza de que yo caminara, me llevó de la mano un corto trecho en el comedor y luego me soltó. Seguí dando pasos por inercia y llegué hasta la puerta de atrás, donde paré y me quedé mirando hacia afuera. Mamá y Eloísa conversaban en el entablado y cuando me vieron llegar solo, dieron a un tiempo un grito de alegría. Yo me asusté, perdí el equilibrio y caí sentado, pero no lloré, sino que seguí sonriendo sin dejar de mirar a Mamá. Roberto vino a socorrerme, me ayudó a levantarme y retomó mi mano para devolverme la confianza. Así estuve varios días haciendo progresos en mis habilidades como equilibrista, siempre con el apoyo de mi amigo, hasta que un día decidí no darle más largas al asunto, y desde entonces no he parado de andar por este mundo.

Así transcurría la vida en Alcalá, entre pequeñas alegrías y uno que otro disgusto. Conchita y yo salíamos todos los días, arreglados como príncipes, a hacer la caminata diaria hasta el consultorio de Papá, de la mano de Eloísa. Mamá, en cambio, sólo salía a la primera misa del domingo, porque no había otro sitio a dónde ir. Había intentado hacer la compra diaria ella misma, para distraerse un poco, pero tuvo que dejar de hacerlo al cabo de pocos días por culpa del tendero. Libardo fue siempre muy especial con ella y le lanzaba sus requiebros que Mamá tomaba como muestras de simpatía. “¡Como está de bonita!” o “¡Qué afortunado es el doctor Bernal!”, hasta que un día se sobrepasó. Estando solo en la tienda, entró Mamá y él, aprovechando la soledad disparó su propuesta: “Belleza, usted y yo por qué no tenemos una aventura”. A Mamá le pareció de tan mal gusto y tan atrevida la proposición, que se enclaustró en la casa de don Venancio y encargó de la compra a Eloísa. Conociendo el carácter fuerte de Papá, ella le ocultó el incidente, pero él empezó a preocuparse por ese aislamiento monacal. Hablando un día con don Berna, le contó su preocupación y el alcalde, después de pensar un momento, le dijo:

"Doctor: le tengo la solución para su problema. Vamos a hacer una inauguración y necesitamos una mujer joven y bonita. Dígale a doña Lucía que queda nombrada madrina del nuevo Cuerpo de Bomberos de Alcalá".

Esa noche Papá le dio la noticia y Mamá sintió que se le juntaba el cielo con la Tierra. Después del incidente con el tendero, veía a Alcalá como un pueblo de bárbaros y no quería exhibirse en público ante una caterva de maleducados. Trató de convencer a Papá de que no aceptara la propuesta esgrimiendo el argumento de que ella era una mujer casada.

"Mirá Germán", le decía, "que esos papeles los hacen siempre muchachas solteras".

Pero Papá respondió con su fórmula incuestionable:

"Ya verás, Lucero, que nos va a ir bien".

Mamá no tuvo más remedio que acudir a los santos. Escogió a Santa Rita de Casia, no por ser abogada de imposibles, sino porque, habiendo sido una mujer casada, comprendía mejor los asuntos matrimoniales. A falta de un folleto con las oraciones, inventó una novena para la santa: diez avemarías y tres padrenuestros, seguidos de la petición que quería que le concediera. Pasados nueve días, y al ver que el alcalde persistía en su intención de hacerla madrina, decidió repetir la fórmula hasta que la Santa, cansada de escuchar tantas súplicas, hiciera el milagro.

Pocos días antes de la inauguración se me desató una gripa con tos y fiebre y un llanto tan lastimero y continuado que no dejaba dormir a nadie en la casa. Papá siempre decía que la gripa, sin medicamentos se cura en una semana, y con medicamentos en siete días. Sin embargo, para bajar la fiebre y el malestar, pero en especial para que dejara dormir, me daba la panacea de entonces que era media pastilla de Mejoral cada seis horas. Al cabo de dos días la enfermedad no cedía y la fiebre casi había llegado a los cuarenta. El viernes por la mañana Papá se dio cuenta de que en el pueblo no había recursos para curarme

y el caso se agravó tanto en tan corto espacio de tiempo, que mis padres llegaron a discutir qué sería lo más conveniente: si enterrarme en Alcalá o en Cartago. Entonces decidieron llevarme a Quimbaya, donde el doctor Yepes, que era el médico más afamado en varios pueblos a la redonda. Contrataron una de las chivas que llegaban con pasajeros y nos fuimos los cuatro en un viaje de emergencia en el que el chivero ganaba propina por acelerar. El doctor Yepes hizo el milagro, Mamá estuvo siempre agradecida con él y me transmitió a mí ese agradecimiento, aunque sin nombre de pila, sólo con el apellido. Santa Rita también hizo el milagro porque cuando llegamos de Quimbaya el cuerpo de Bomberos ya estaba inaugurado. Pero Mamá se cuidó mucho de hacerle novenas a la santa en el futuro porque sus concesiones eran a un precio más alto que el milagro concedido.

Los rumores de las penalidades que pasaba Mamá en Alcalá pronto llegaron a Medellín. Se supieron los detalles de mi enfermedad y se la atribuyeron al clima malsano de la región; se conoció el aislamiento en el que ella vivía y a todos los hermanos les pareció intolerable que esto sucediera con la que fue la niña mimada de la casa. Lo que no se supo fue que la soledad le llegó incluso de noche por culpa del ajedrez. Una tarde, al acabar la jornada, Julito el secretario de la alcaldía, se encontró con Papá que salía del Puesto de Salud.

“Doctor Bernal, ¿sabe jugar ajedrez?” le preguntó.

Para Papá había sido la única distracción durante los tiempos de estudiante de medicina cuando, en los minutos entre clase y clase, jugaban partidas contra reloj en la cafetería.

“Muy poco” respondió Papá que no se consideraba buen jugador.

“Lo invito a una partida” dijo Julito. Y añadió: “será cuestión de media hora”.

Papá aceptó y fueron al Bar el Paisa, atendido por Dulumoco, un manizalita que llegó sin nombre, pero con un apodo originado por el lobanillo del tamaño de una uchuva que exhibía en la mejilla. Era un establecimiento no apto para señoras, excepto las muchachas, casi todas campesinas, que atendían como meseras y estaban dispuestas a entregarse a un amor fugaz, por unos pesos, después de la jornada. Varias cabalgaduras permanecían en la puerta atadas a los ganchos de la pared, esperando con paciencia mientras sus dueños consumían botellas de cerveza por docenas. El traganíquel despachaba a todo volumen las últimas canciones de la Sonora Matancera con la voz recientemente adquirida de Daniel Santos. En una zona aparte había dos mesas de billar y junto a ellas, en el rincón más apartado, tres mesas metálicas pequeñas sobre las cuales el propio Dulumoco había pintado otros tantos tableros de ajedrez. Ese era el escenario en el que se realizaba cada año el torneo local del que Julito era un entusiasta participante. Jugaron una partida en la que Papá sorprendió con jaque

mate de caballo y torre a un contrincante cuya teoría no llegaba más allá del mate pastor. En la revancha, Julito sucumbió de nuevo ante los ataques más racionales de Papá. Al día siguiente todo el mundo en la Casa de Gobierno sabía que el pueblo contaba con un nuevo jugador estrella para los campeonatos de fin de año. Ese rumor reactivó el rincón del ajedrez del Bar el Paisa porque todos se entusiasmaron y empezaron a entrenar, sabiendo que ya había un rival para destronar a Ulpi, eterno campeón. Fue esta resurrección del ajedrez la que añadió un grado más al aislamiento de Mamá y a su aversión por el pueblo, porque Papá llegaba todos los días dos horas más tarde de lo habitual, con un insoportable tufo cervecero. No es que se excediera en la bebida, porque se trataba de una cerveza por partida y nunca se jugaban más de dos. Pero ese par de horas más de soledad eran para Mamá una eternidad que le produjo otra fobia, aparte de la que ya tenía por el pueblo: la de la cerveza, que conservó hasta los últimos días de su vida.

El campeonato se realizó a principios de diciembre. Fue la primera vez que tuvo ocho participantes y un público que venía desde las veredas, atraído por las leyendas sobre los jugadores, y presenciaba las partidas sin entender a ciencia cierta lo que ocurría sobre el tablero. Dulumoco consintió en bajarle el volumen al traganíquel durante las partidas, pero no quiso apagarlo por no perder la clientela de los borrachitos que consumían cerveza sin medida, ajenos a las complejidades del juego ciencia. Papá se lució y jugó sin perder una sola partida hasta que le tocó batirse con Ulpi el boticario. Ese día el bar se llenó y las mesas de billar hicieron las veces de tribunas para ver el desarrollo del juego. Pero Papá tuvo que contentarse con un segundo puesto en el match porque Ulpi era invencible. Los demás jugadores decían que estudiaba ajedrez día y noche, y en parte era cierto. En la trastienda de la botica tenía su escritorio y en la pared había abierto un postigo que le permitía ver cuando entraban los clientes a la farmacia. De esa manera pasaba las horas libres, que eran las más, estudiando los cuatro tomos de los Fundamentos del Ajedrez, de Roberto Grau. Tanta admiración despertó en Papá la base teórica de Ulpi, que unos años después compró en Medellín la obra de Grau y

la tuvo siempre en un sitio especial de su biblioteca. El ajedrez fue, en adelante para Papá, un pasatiempo que lo acompañó durante muchos años. Cuando vivíamos en Bello, se reunía con frecuencia con sus amigos Jairo Rendón y Horacio Surianu, y con su primo Jaime Uribe, y realizaban entre ellos un torneo sin fin en el que cada uno sabía con qué color de fichas le tocaba jugar y quién había ganado la última partida. Papá también participaba en los torneos del Sindicato Médico, en los que el nivel era elevado. En uno de ellos repitió su hazaña de Alcalá y se alzó con el segundo puesto, ganando la medalla de plata que conservó con orgullo durante años.

En diciembre, aprovechando los puentes festivos, hicimos dos paseos que sacaron a Mamá de su clausura. El primero fue al puerto de Buenaventura en el Pacífico, en el que Papá y Mamá estaban muy interesados porque no conocían el mar. Se viajaba en tren desde Cartago, con el inconveniente de que la salida era al amanecer, por lo que había que madrugar mucho desde Alcalá, o salir el día anterior y dormir en Cartago. La opción seleccionada fue la primera porque Papá trabajaba hasta las seis de la tarde de manera que la llegada a Cartago sería ya de noche y, por ser temporada de vacaciones, corríamos el riesgo de no encontrar alojamiento. A casa de mi abuela no podíamos ir a dormir porque, al quedarse sola con tres de los hijos, ella había convertido el caserón en un inquilinato y tenía todas las piezas arrendadas. Por alguna razón Papá nunca quiso que conociéramos esa situación, pero se vio obligado a confesármelo cuando viajamos él y yo a Popayán diez años después e hicimos una parada de dos días en Cartago.

Madrugar desde Alcalá para coger el tren en Cartago el mismo día era riesgoso porque el tiempo del viaje dependía del estado de la carretera. Las líneas que llegaron esa semana traían la noticia de que estaba en buen estado y a ese parte de seguridad se adicionaba la fórmula cotidiana de Mamá:

“Yo me pego de todos los santos para que nos vaya bien”.

Y los santos hicieron su trabajo. Pudimos coger el tren a tiempo, viajamos en vagón de primera clase porque Papá tenía un descuento por ser empleado oficial y a las seis de la tarde estábamos en Buenaventura después de un transbordo en Cali. Nos alojamos en el Hotel Estación donde mis padres revivieron la molición de dormir en alcoba iluminada, con cama amplia y ventilador de techo, y con el valor añadido de los atardeceres de un Sol naranja rutilando en las aguas del Pacífico. Como recuerdo de ese viaje hubo en mi casa durante mucho tiempo una fotografía enmarcada en la que aparecíamos los cuatro –yo, en brazos de Papá— en una lancha con el

barquero, navegando por las aguas de la bahía. Nunca supe qué fue de esa foto, que también estaba en la primera página de uno de los álbumes familiares.

El otro paseo que hicimos, esta vez sin Papá, fue a pasar la navidad y el año nuevo en Medellín. Viajamos en tren desde Cartago hasta La Pintada siguiendo las sinuosidades del Río Cauca, haciendo paradas en estaciones sin pueblo y viendo las tarabitas en las que los campesinos atravesaban el río turbulento en un cajón de madera pendiente de un cable.

La llegada a la casa de Bomboná fue un acontecimiento memorable para mi familia. Conchita ya hablaba y acuñó los nombres que en adelante le daríamos a las tías los diez hijos de Papá y Mamá: Coche y Crispe. Yo caminaba por toda la casa y me encantaba ir a la cocina, donde Tránsito Monsalve mezclaba chocolate amargo con azúcar y lo amasaba en unas bolas alargadas que usaba para hacer la bebida caliente de las tres de la tarde. Pero para mí eran una golosina y me gustaba tanto, que Crispe inventó la mentirijilla de que ese chocolate así sólido era dañino para el estómago, queriendo evitar con eso que me comiera todo el trabajo de Tránsito. Pero ella, a escondidas, me daba trozos que yo devoraba con gran gusto y, a pesar de ello, nunca sentí la más mínima molestia estomacal.

Lo único que preocupó a la familia fue el estado de Mamá. Aunque parecía optimista y se deleitaba contando las anécdotas de su vida en ese infierno como si fueran aventuras, en su semblante de desterrada se leían los estigmas de la infelicidad. Tan evidentes eran, que en una reunión de hermanos Gustavo llegó a decirle:

“Lucía. Cogé a esos dos niños y venite para Medellín”.

Pero Mamá estaba enamorada de Papá y no lo habría dejado aunque supiera que tendría que ser una apátrida de por vida en Alcalá. Esa frase de su hermano la atormentó toda la vida, en especial cada vez que tenía disgustos con Papá y se arrepentía de no haber seguido su consejo.

Las reiteradas invitaciones de Mamá a que fueran a visitarla no despertaron entusiasmo entre sus hermanos. El único que le dijo “gracias Peláez, allá me tendrás” fue Mario, pero Mamá lo tomó como una frase de cortesía porque conocía las penurias económicas que pasaba mi tío y sabía que no podía ir en paseo familiar, con cinco hijos y la esposa en embarazo. Por otro lado, la limitación de su ceguera le dificultaba mucho un viaje solo. Pero él despejó la duda poniendo fecha a su visita:

“Esperame allá durante el puente del seis de enero que me voy con Mauricio”.

Solucionaba así el problema llevando como lazarillo a su hijo mayor, adolescente. Mamá se alegró porque era la primera persona en su familia que la visitaba en Alcalá aunque la visita le pareció un poco justa porque nuestra llegada sería sólo cuatro días antes.

Peláez era un sobrenombre cariñoso que le tenían a Mamá algunos de sus hermanos, relacionado con alguna frase disparatada que dijo cuando aprendía a hablar.

El domingo siguiente fue el día de nuestro regreso. Coche y Crispe nos llevaron a la estación en el taxi de don Cindo, que era el de su confianza, y allí nos despidieron con lágrimas como si fuera la última vez que nos verían. Con la cabeza baja y el ánimo por el suelo, Coche fue la única que logró decirnos una frase de aliento:

“Ahí está la Virgen que vuelvan pronto”.

La visita de Mario fue para todos, en especial para Mamá el acontecimiento más importante de nuestra vida en Alcalá. Ellos siempre fueron muy unidos, tanto que cuando nació lo nombraron padrino mío de confirmación. A pesar de su ceguera tenía una percepción del entorno más fina que la de muchos videntes, no sólo a través del oído, como los murciélagos, sino del tacto, con el que reconocía las texturas e incluso los colores. Teniendo yo unos seis o siete años, cuando nos visitaba me daba el regalo de padrino: una

moneda de cinco centavos. Metía la mano al bolsillo de la americana, sacaba la moneda y la presentaba frente a mis ojos, agarrada casi por el borde entre los dedos índice y pulgar. Cuando yo hacía el intento de cogerla, él percibía mi movimiento y retiraba su mano con agilidad de prestidigitador, dejando la mía estirada y sin moneda. Entonces esculcaba de nuevo su bolsillo y sacaba otra moneda, también de cinco centavos, pero de color oscuro, porque en ese entonces había monedas de cinco plateadas y marrones, a las que se solía llamar “blancas” y “negras”. “Mejor ésta que es negra”, decía, y me dejaba coger la moneda. Para mí ese pequeño ritual se convirtió en una costumbre que echo de menos después de más de sesenta años, no tanto por el valor de los cinco centavos, aunque era bastante para mí, sino por la magia de ver que me veía sin verme.

Mi admiración por Mario iba más allá de estas demostraciones de su habilidad super sensorial. Vivía en una casa que para mí era una caja de música, y me producía una sensación de cuento de hadas. Él tocaba cuanto instrumento musical llegaba a su mano, de los que recuerdo dos, el más sencillo y el más complejo: la armónica y el violín que interpretaba con igual facilidad. Mientras que en mi casa los villancicos de navidad se acompañaban percutiendo objetos comunes, como cajas de galletas o, a lo sumo, una pandereta de cacharrería, donde Mario se hacía con instrumentos de verdad que tocaban él y sus hijos, y se cantaban tan bien, que parecía una coral de conservatorio.

En Alcalá poco teníamos para mostrarles a los visitantes. El pueblo se recorría en un santiamén, si no hacía calor, y sin pasar por las dos calles vedadas. Una era la del Bar el Paísa, porque al lado quedaba el club “La Cita”, un establecimiento que no necesitaba un anuncio tan explícito porque era suficiente el de las chicas semidesnudas que se paseaban por su frente. La otra, era la del mercado porque la falta de refrigeradores, que no se conocían en el pueblo, hacía que se levantaran las vaharadas inmundas de los pescados cogidos en el río Cauca tres días antes. Es verdad que las carnes y pescados se mantenían en salazón o adobadas con nitro, pero los desperdicios que

se cortaban al vender se abandonaban como pasto para rapiña de los gallinazos, las moscas y los perros callejeros.

Mario corrió con la suerte de que teníamos un sitio novedoso para mostrarle: la finca cafetera de don Venancio a la que estábamos invitados desde que Papá alquiló la casa del pueblo. Fuimos allí el sábado a primera hora de la mañana en cabalgaduras traídas por el propio don Venancio. Para él y para Papá dos caballos briosos que eran sus preferidos cuando venía al pueblo; para Mario y Mauricio, dos mulas de poca alzada, pero tan mansas y tranquilas, que la instrucción que les dio don Venancio fue: “suelten las riendas y déjense llevar que ellas conocen el camino”; para Mamá, Conchita y yo, un carruaje de un solo caballo al que llamaban “la Victoria”, muy conocido en el pueblo, pero que fue novedad porque no se había vuelto a ver desde que enviudó su dueño. Tenía solamente dos ruedas casi tan grandes como un hombre, y una capota plegable que no cerraba sino hasta la mitad. Uno de los trabajadores de la finca, que hacía de cochero, tuvo que ayudar a subir a Mamá porque el pescante era muy alto y ella no alcanzaba a poner el pie. Parece paradójico que mi tío ciego y mi primo de doce años, que no conocían el camino, fueran a la cabeza de la caravana, pero realmente las que guiaban eran las mulas. Don Venancio decidió ir con Papá detrás de todos para evitar que los muchachos del pueblo, que nos siguieron corriendo durante un buen trecho, se colgaran de cualquier saliente del coche. Fue un paseo tan extraordinario, que cuarenta años después me encontré con Mauricio en un congreso profesional y me dijo que se acordaba mucho de su viaje a Alcalá y del paseo que hicimos a la finca cafetera. Yo, por supuesto, no me acuerdo de nada, pero después de mi conversación con Mauricio logré sacarle algunos datos a Papá, que era bastante hermético, para poder reconstruir al menos parte de la historia.

Para Mamá fue una catarsis porque en su hermano tuvo un confidente para desahogar su pena más honda del momento:

"Creo que Germán está buscando la manera de quedarse a vivir en el Valle para siempre", le dijo.

"¿Y por qué no busca un puesto en Medellín?"

"Porque él cree más en los desconocidos de esta tierra salvaje, que en los conocidos de allá", respondió Mamá con resignación.

Las distracciones de ese fin de año y principio del siguiente fueron para Mamá un oasis en medio de su destierro. Todo hay que abonarlo: el pueblo, feo y aburrido, había sido hasta entonces un lugar tranquilo, a pesar de que la situación general del país era cada vez más insostenible y de que la región donde estaba Alcalá mostró ser una de las más violentas de todo el territorio nacional. El gobierno conservador había emprendido una campaña de conservatización “a sangre y fuego” en la que las bandas de los llamados “pájaros” mataban sin piedad a los liberales a bala y a machete. Varias poblaciones al sur de Alcalá como Roldanillo o Sevilla, y otras más cercanas, como Ansermanuevo, se vieron afectadas por matanzas colectivas en las que los civiles, casi todos campesinos liberales, se sentían desprotegidos por el estado. Muchos huyeron hacia el monte y formaron cuadrillas para defenderse de los pájaros, pero como violencia engendra violencia, pronto mostraron ser tan crueles o más que los agresores. Dos frases famosas de la época fueron, “A esos criminales no los vamos a combatir con monjitas” y “es más pecado dejarse matar que matar”. Fue entonces cuando surgieron bandoleros legendarios como Sangrenegra, Sombra, Tirofijo y Chispas, originarios del norte del Valle, sur del Viejo Caldas o centro del Tolima. Aparecieron también atrocidades de un salvajismo inédito, practicadas por ambos bandos. Se jugaban partidos de fútbol con las cabezas de los enemigos, se inventaron métodos de exterminio que demostraban una sevicia enfermiza, como el “corte franela” o el “corte corbata” o cometer con el enemigo la monstruosidad de “pícarlo para tamal”. A pesar de estar en el epicentro geométrico de los acontecimientos, Alcalá respiraba en paz. La llamada “Política de Unión Nacional” permitió que el gobierno conservador nombrara como gobernador del Valle al liberal Francisco Eladio Ramírez, o

"Pacho Eladio" y éste nombró como alcalde de Alcalá al liberal Bernardo Barriga. Pero con la llegada del nuevo año se rumoraba que habría cambio en la gobernación y peligrosaba, por tanto, la alcaldía de don Berna.

Un día éste entró al consultorio de Papá, cosa que nunca hacía.

"Doctor Bernal, ¿supo la noticia?"

"No don Berna, ¿cuál?"

"Mataron a Mallarino el recaudador".

"¿El de Cartago?"

"Si, lo mataron en Ansermanuevo".

"Pero ese era godo". Esa era la palabra despectiva con la que se referían entonces a los conservadores.

"Era muy imprudente cuando se emborrachaba y además colaboraba con el gobierno de Pacho Eladio".

"Pero hay más, doctor", añadió Don Berna. "El lunes masacraron a una familia de liberales en una vereda del mismo Ansermanuevo. Ya no se puede andar por los campos con tranquilidad. Se encuentra usted con un grupo de gente armada que le pregunta si es liberal o conservador y si resulta ser del bando contrario, puede darse por muerto".

Con su acostumbrado desprecio por las situaciones de peligro, Papá le respondió:

"Ya verá que ellos se calman, don Berna".

"No se haga ilusiones, doctor, que esto va para peor. Como autoridad del municipio, debo prohibirle que salga a ver enfermos a las veredas sin avisarme. Si puedo darle escolta, irá a ver al paciente; y si no, prefiero muerto a un enfermo que al médico del pueblo".

Papá no dijo nada por no contradecir una orden tan terminante del alcalde y porque pensó que ya le quedaba poco tiempo para terminar su año rural y pronto repetiría su visita donde el representante Nicolás Vélez para pedirle un puesto provisional mientras hacía su tesis de grado. Como si adivinara su pensamiento, don Berna remató la entrevista con una frase más tajante que la prohibición:

"Y no le aconsejo que hable con el representante porque las únicas plazas vacantes que hay son rurales. Sería un suicidio".

Con un gesto de preocupación y sin decir palabra Papá asintió con la cabeza. En el fondo, sabía que a pesar de las advertencias del alcalde o de quien fuera, él iría donde el representante y aceptaría un puesto sin mirar los peligros. Lo que no estaba en sus planes, era la Corte Celestial. Desde que empezó a sospechar que Papá tenía la intención de quedarse en el Valle, Mamá no paraba de rezarles a todos los santos, excepto a Santa Rita, por supuesto, y ante tal insistencia, el cortejo de Dios empezó a trabajar en el asunto. De vez en cuando Mamá recibía carta de Coche y Crispe y les respondía con unas pastorales de varias páginas en las que les contaba todos los pormenores de su vida. El problema era que la correspondencia tardaba varias semanas en llegar y por eso, una o dos veces al mes ella iba a la alcaldía donde le permitían llamar por teléfono. Tampoco era una comunicación fácil porque, para que funcionara, el teléfono tenía que ser cebado dándole manivela y luego había que gritar tan alto para que se escuchara, que perturbaba todas las oficinas de la Casa de Gobierno. Por esa razón, sólo podía llamar los viernes por la tarde,

cuando el personal administrativo ya se había marchado. En una de esas conversaciones, Coche le dijo:

"Peláez, Gustavo te manda a decir que lo llames de mucha urgencia, que es para algo muy importante".

"¿Algo grave?, preguntó Mamá asustada.

"Yo creo que no. Sólo dijo que era importante".

Al viernes siguiente Mamá volvió a la Casa de Gobierno ya al caer la tarde y se comunicó con Gustavo. Luego bajó al Centro de Salud y se sentó frente a Papá que estaba solo en ese momento, terminando la jornada. Él la vio radiante, con los ojos brillantes y las pupilas dilatadas como en los tiempos de noviazgo en Maturín. Supo que tenía algo para comunicarle y que él no tendría ánimo para negarse, fuera lo que fuera.

"Gustavo dice que te puede conseguir un puesto cerca de Medellín, donde te dan tiempo para hacer la tesis y que tiene para que te oriente en ella a un miembro de la Academia de Medicina".

Se quedó mudo por el asombro. Jamás pensó que el doctor Gustavo le ayudaría, porque siempre se mostró demasiado severo, en especial desde que se ennovió con Mamá. Se levantó de la silla, abrazó a Mamá y bajo un sol de cobre, salieron muy juntos hacia la casa de don Venancio.

Aunque todavía le quedaba un mes para terminar su compromiso en Alcalá, Papá estuvo el fin de semana haciendo preparativos para la partida. Por primera vez se mostró diligente colaborando con Mamá en doblar, envolver, clasificar y empacar prendas y objetos en los dos baúles de madera y en las dos maletas de cuero. Con la ayuda de

Roberto desarmó los catres de metal que eran las únicas pertenencias pesadas y de volumen, y ató las piezas con cordeles de fique. El resto de días que vivimos allá, Conchita y yo nos quedamos sin cama y tuvimos que dormir en los colchones tirados en el suelo. El domingo por la noche, con casi todo ya preparado, Papá y Mamá cayeron en cuenta de que no sabían para donde iban. ¿Qué habría querido decir Gustavo con "cerca de Medellín"? Mamá quedó de ir el próximo viernes a la Casa de Gobierno para hablar de nuevo con su hermano y preguntarle.

Esa semana llegó una noticia nefasta para todos los pueblos liberales del Valle: ante los ataques en masa contra los colectivos liberales entre los que se encontraban varios pueblos cercanos a Alcalá, la Asamblea departamental decidió retirarse de sesiones en forma permanente. Era el puntillazo final al sueño ya agonizante de Papá, de hablar con el representante a la Asamblea Nicolás Vélez.

"Dios sabe cómo hace sus cosas", dijo Mamá.

El viernes Mamá fue a la Casa de Gobierno y se comunicó con Gustavo. Él, con laconismo y dando por hecho que Papá aceptaría le dijo:

"Va como médico oficial de Bello, a cuarenta minutos de Medellín". A Mamá no le gustó pero se resignó y, después de colgar la bocina, se quedó pensando por un momento:

"¡A seguir puebliando! ¡Que se cumpla la voluntad de Dios! Al menos estaremos cerca de la civilización".

Palabras finales

Los regalos sufren el deterioro inexorable impuesto por la ley de la entropía. Llegan, nos alegran, encarnan durante un tiempo a la persona amada que nos los dio y terminan su ciclo cayendo en el olvido. Los únicos que perduran son los que salen del corazón y llegan a él: aquellos que no son materia física, los que no tienen valor monetario, los que no se venden en las tiendas ni se compran por Internet. De esos, conservo las tarjetas hechas a mano, las dedicatorias, las frases de cariño que me han dado Ángela, mis hijas y mis nietos a lo largo de tantos años.

Espero que este escrito personalizado pertenezca a esa categoría de regalos y que lo conserven por el resto de sus vidas. Fue escrito con el corazón.